

MAÑANA EMPIEZA EL COLE

Ya era de noche, pero la tranquilidad no llegaba a aquella casa de diez hermanos: el día siguiente era un día importante, el primer día de cole; y padres e hijos corrían por la casa preparando los últimos detalles.

La madre, experta en dejar todo preparado, daba órdenes a diestro y siniestro como si fuese un entrenador de fútbol: “¡Papá, ponle el pijama a Juan! ¡Carmen, revisa que todas las mochilas tengan una caja de lápices metida! ¿Habéis sacado la basura? ¡Que nadie deje de lavarse los dientes!”.

En medio de su torbellino de indicaciones, casi se choca con Juanito, el pequeño de los pequeños, que estaba parado en mitad del pasillo.

- ¡Pero Juan! ¿Qué haces aquí? ¡Mañana empiezas primaria! ¡Tienes que irte a dormir pronto!
- ¿Y si me pegan mañana en el cole los niños mayores?
- ¡Entonces me llamas y voy a defenderte! – intervino su hermano Miguel, que pasaba por allí.
- Eso, eso, tú nos llamas... ¡y ya verás qué cara de susto se les queda cuando aparezcamos todos tus hermanos! – corroboraron Lucía y Francisco mientras preparaban la ropa del día siguiente.

Pero el pequeño Juan no parecía del todo convencido.

- ¿Y si mañana os olvidáis de despertarme, y os vais al colegio sin mí? – dijo, recordando una ocasión en la que, entre tanto hermano, se les olvidó comprobar que había salido el pequeñajo también de la casa.
- No nos vamos a olvidar de ti, cariño... ¡tú tranquilo! Ahora ve, que te ponga papá el pijama y a dormir.

Poco a poco, fueron apagándose las luces y los ruidos. Menos un llanto que venía del baño del fondo de la casa. El padre, que estaba esperando a que todos se fueran a dormir para asaltar la nevera y romper su dieta, escuchó el ruido, y se encontró a Paloma llorando a moco tendido. ¡No quería que terminara el verano y tener que volver a hacer deberes!

- Vamos, Palomilla... ¡si luego te lo pasas genial! ¡Y así ves a todas tus amigas del cole!

Pero la pequeña no tenía consuelo.

- ¿Sabes a quién le pasaba eso mucho? ¡A tu hermana Almudena! ¡Que te cuente luego lo mucho que le acabó gustando el cole!

Y en seguida, Almudena enlazó una anécdota tras otra, hasta que consiguió que Paloma sustituyera el llanto por risa, y luego, por bostezos que dejaron finalmente la casa en calma.

O al menos... aparentemente.

En mitad de la noche, Lucía se despertó. No sabía bien qué era lo que la había despertado, pero intentó no hacer ningún ruido, porque su hermana Teresa, la mayor, estaba ya en la Universidad, y exigía silencio estricto para poder descansar. Se le estaban cerrando ya de nuevo los ojos, cuando, volvió a escucharlo. ¡Alguien había entrado en su casa!

- ¡Teresa! – susurró, intentado que el asaltante no se diera cuenta de que estaba despierta. - ¡Teresa!

Pero su hermana era famosa por no despertarse ni con un terremoto, y con un gruñido, siguió durmiendo. Otra vez escuchó los pasos, que iban de un lado a otro de la casa. Salió silenciosamente de la cama, y trepó por las escaleras de la litera, sacudiendo el hombro de su hermana.

- ¡Teresa! ¡Hay alguien en casa!
- Serán las tuberías, preciosa, vuelve a dormir...

Pero en el momento en el que estaba terminando de pronunciar esas palabras, ella también escuchó los pasos. Un escalofrío recorrió a las dos de arriba abajo. En mitad de la noche, se recuerdan mejor las películas de miedo, y decidieron, por si acaso, acudir al cuarto de al lado, que era el de unos de los chicos.

Cargándose de valor, salieron de la habitación y entraron en la pestilente habitación de Pablo y Álvaro, donde un coro de ventosidades amenizaba la noche.

- ¡Chicos! ¡Alguien ha entrado en casa!

Tras convencerles de que prestaran atención, también ellos se dieron cuenta de que alguien andaba moviéndose por el salón y la cocina. Sin querer reconocer el tembleque que les había entrado, hicieron un trato con ellas: si revisaban qué era lo que estaba pasando, ellas les harían el encargo de la cocina durante una semana.

Aceptaron, y pusieron rumbo a la otra parte de la casa, cargados con las linternas del móvil.

Álvaro quería ser militar, así que fue el encargado de dirigir la operación de busca y captura del ladrón. Pablo, que había recapacitado sobre los posibles peligros de la misión, decidió que se quedaba cerrando filas, ofreciéndose a salir corriendo el primero en caso de que algo malo pasara.

Cuando la comitiva llegó al largo pasillo, vieron una sombra que iba a la cocina arrastrando algo. “¡Es un asesino!”, pensó Lucía, agarrándose con fuerza a la mano de su hermana. Continuaron avanzando. Y al girar la esquina...

- ¡Ahhhhhhhhhhhh!
- ¡Ahhhhhhhhhhhh!

Todos comenzaron a gritar. Las luces del pasillo se encendieron rápidamente, y llegaron los padres y el resto de hermanos, que se encontraron a los miembros de la comitiva abrazados entre sí gritando, y... ¡al pequeño Juanito tirado en el suelo!

En seguida se resolvió el misterio. El pequeño, que se había acostado intranquilo por si se lo olvidaban al día siguiente, había decidido prepararse con antelación. Se había vestido con el uniforme, había llevado la mochila con los libros y el material a la cocina, se había encaramado a los muebles para prepararse la mediamañana, y se encontraba en proceso de prepararse una cama con los cojines y mantas del sofá para pasar lo que quedaba de noche.

Y así se transformaron los gritos en risas, y las risas, en invitación a chocolate, “chocolate del de las fiestas, mamá, que la ocasión lo merece” por parte del padre, que decidió que era una excusa perfecta para saltarse la dieta y calmar los nervios.

“Estas cosas solo pasan en mi familia”, pensaba Lucía mientras devoraba su ración de chocolate, y exageraba el miedo de los demás hermanos mientras se contaban unos a otros la experiencia de esa noche.

Tras un rato de charla, Teresa les recordó a todos que al día siguiente había que madrugar, y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, tal vez con más ojeras de lo esperable, pero de muy buen humor, los hermanos empezaron el colegio. Y entonces sí, la casa quedó en silencio...